Octubre 2021

Nota de fondo sobre la próxima orientación temática de la Alianza Progresista

**LA PAZ ES MÁS QUE LA AUSENCIA DE GUERRA**

La retirada de Estados Unidos de Afganistán, tras 20 años de una misión que comenzó como una operación antiterrorista, evolucionó hacia una operación de cambio de régimen y terminó como un ejercicio de construcción nacional, provocó un intenso resentimiento entre los aliados y la comunidad internacional. Desde los parlamentos hasta los grupos de reflexión y los medios de comunicación se impuso la nueva narrativa: Joe Biden abdicó irresponsablemente del liderazgo global de "Occidente", allanando el camino para que potencias "no occidentales" como Rusia y China se afirmen como alternativas geopolíticas emergentes. La decisión de Biden duele especialmente porque su elección fue vista por las élites europeas como una forma de restaurar la alianza transatlántica dañada por el agresivo unilateralismo de su predecesor.

Sin embargo, esas suposiciones no tuvieron en cuenta el cambio de actitudes en Estados Unidos. Voces de todo el espectro político cuestionan cada vez más el consenso pro-intervencionista que sustentó décadas de política exterior estadounidense. Los presidentes de Estados Unidos desde Barack Obama trataron de aplicar una política exterior más contenida. Por diferentes razones, no tuvieron éxito, pero el proceso está en marcha: la retirada de Afganistán es una prueba de ello. El actual presidente, Joe Biden, dejó claro en su discurso que no se trataba de un movimiento errático para complacer a algunos electores domésticos en un plazo arbitrariamente elegido. Más bien al contrario, el discurso ofreció importantes destellos del nuevo pensamiento en Washington. El mensaje más importante fue, quizás, que Estados Unidos está dejando atrás la era de intentar rehacer el mundo por la fuerza.

¿Dónde deja esto a todos aquellos que, durante décadas, dieron por sentado el vínculo transatlántico, o gastaron su energía luchando contra las políticas agresivas hacia un nuevo orden global?

Colectivamente, las instituciones multilaterales, la ONU in primis, han fracasado hasta ahora en llenar esta retórica con algún tipo de visión y acción estratégica coherente. Las respuestas dadas han sido inadecuadas o perjudiciales. Por un lado, algunos abogan por un trans-atlanticismo ideológico anterior a 2016 en una cooperación revigorizada con Estados Unidos, si no subordinada a él. Los últimos movimientos de Biden, en Afganistán y en el Indo-Pacífico, exponen la obsolescencia e ingenuidad de tal pensamiento.

En el otro extremo del espectro está el concepto de "autonomía estratégica", que algunos intentan aplicar en Europa, por ejemplo. El término está cargado de ambigüedades y vaguedades, pero generalmente se percibe como la capacidad de algún bloque para establecer sus propios objetivos estratégicos y perseguirlos de forma independiente. Sin embargo, esta interpretación de la "autonomía estratégica" parece con demasiada frecuencia el sueño de la ambición de las nuevas grandes potencias, dado su énfasis en la dimensión militar y en las iniciativas diplomáticas y de seguridad unilaterales, por ejemplo, en Oriente Medio, el Golfo Pérsico y África.

En la Unión Europea, esta última tendencia apunta a la necesidad de que Europa desarrolle sus capacidades militares. Está surgiendo un nuevo consenso en torno a la idea de Europa como "potencia militar" o, en palabras del alto representante para la política exterior Josep Borrell, una "Europa que se siente cómoda con el lenguaje del poder", es decir, como el uso de grupos de combate de la UE, la racionalización industrial del sector de la defensa, etc.

Sin embargo, lo que falta en la mayoría de estos debates es la dirección estratégica y el propósito de todas estas actividades. ¿Son de naturaleza puramente defensiva, o incluyen también una intención ofensiva consistente en imponer resultados políticos específicos en conflictos fuera del territorio de la UE? En este último caso, ¿qué base jurídica existe para estas operaciones? ¿Estaría la libertad de acción de la UE sujeta al acuerdo de las partes implicadas en un conflicto y/o a la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU), o se reservaría el derecho a intervenir al margen de estas limitaciones legales?

Al responder a estas preguntas, la UE, así como las instituciones internacionales, no deberían caer en la trampa de asociar la credibilidad exclusivamente, o incluso principalmente, con el poderío militar.

En las regiones que presentan los retos de seguridad más agudos, es probable que la militarización debilite, y no refuerce, nuestra influencia progresiva. También está el hecho de que algunos de los países más poderosos tienen una larga historia de intromisión colonialista, que inevitablemente provocaría resentimiento.

Como demuestra la experiencia de Estados Unidos, dar demasiada importancia a la dimensión militar, aparte de sus resultados normalmente desastrosos en los países y regiones afectados, trae consigo consecuencias más perjudiciales a largo plazo. Entre ellas está el crecimiento del complejo militar-industrial y de las cohortes de políticos, medios de comunicación, grupos de reflexión y grupos de presión con intereses creados en perpetuar el ciclo de militarización. Esto consolida las inercias políticas y burocráticas, el pensamiento de grupo y la degradación de la experiencia específica de cada país y región. Esto desincentiva el aprendizaje de las lecciones correctas de los fracasos de las políticas, la resistencia al cambio y prácticamente garantiza unos resultados políticos sistemáticamente malos. Esto, tarde o temprano, amplía la brecha entre las élites de la política exterior y el público en general, alimentando el populismo y el sentimiento anti-élite. Un factor muy subestimado que ayudó a la elección de Trump en 2016 fue su oposición retórica a las "guerras eternas".

Una estrategia alternativa es posible. Debería rechazar la vía de la militarización y, en su lugar, aprovechar otros puntos fuertes (que son, por cierto, un factor de fuerza tradicional de la UE): negociaciones económicas y comerciales, poder cultural blando, larga tradición de compromiso diplomático, incluso con actores estatales y no estatales adversos. Una verdadera autonomía estratégica no consiste sólo en construir tanques y aviones, sino en forjar un camino que tenga que ver tanto con los métodos de compromiso internacional como con las capacidades y los medios. Una vez definidos los objetivos y los métodos, las capacidades se desarrollarán en consonancia con ellos.

Los progresistas tienen una responsabilidad especial a la hora de articular una visión que evite el énfasis excesivo en la militarización, la inercia de la relación subordinada y, en el otro extremo, la noción utópica de que nadie necesita en absoluto una política exterior y de seguridad común. Lo que se necesita son instituciones multilaterales fuertes basadas en el realismo progresista, que combinen valores, intereses y medios pragmáticos para promoverlos.

Los movimientos internacionales construidos en torno a "otro mundo es posible" o "viernes por el futuro" podrían constituir poderosas herramientas de concienciación si nos aseguramos de que los progresistas de todo el planeta asocian, como debe ser, la creciente demanda de un modelo de desarrollo más sostenible (Agenda 2030 de la ONU) con un renovado y fuerte Movimiento por la Paz, que podría empujar hacia un nuevo y ambicioso Orden Global basado en el Multilateralismo, el Diálogo y la Cooperación.

He aquí algunos principios rectores para la articulación de una Política Progresista de estas características:

- Coherencia. Una combinación de una recuperación económica socialmente justa en todas partes, una estricta adhesión al Estado de Derecho, una verdadera aceptación de la diversidad y una política migratoria más humana y abierta, una mejor política de Desarrollo y Cooperación que conduzca a asociaciones justas son la clave

- Si quieres liderar, hazlo con el ejemplo. Muy relacionado con el punto anterior está el redescubrimiento del concepto de liderar con el ejemplo. Los que se definen como "comunidad de valores", deben reconocer que esos valores se han visto cada vez más amenazados en los últimos años. Aunque ningún Estado, o comunidad de Estados, puede alcanzar nunca la perfección, esforzarse por cumplir estrictamente los valores declarados es una condición indispensable para inspirar a otros países a querer emular la experiencia de los demás. Centrarse en las sanciones y el "apalancamiento" para coaccionar a los adversarios geopolíticos percibidos, dividiendo el mundo en actores "buenos" y "malos", sólo aviva el resentimiento y reduce el apalancamiento real para fomentar un cambio positivo;

- Gastar más inteligentemente, no más. Gran parte del debate sobre la autonomía estratégica se basa en la idea de que todo el mundo debería gastar más en su defensa. Sin embargo, gastar "más" no es lo mismo que gastar mejor. No hay lugar para la ingenuidad, sin embargo, este pensamiento debería centrarse en reforzar las capacidades defensivas, tanto convencionales, como no convencionales, como las ciberamenazas, el terrorismo, la desinformación, los delitos financieros, el clima, las pandemias, etc. Debe darse prioridad a las soluciones diplomáticas antes que a las militares;

- Reafirmar el valor inherente de la paz. El objetivo último de cualquier acción estatal responsable es la paz. La noción de paz se ha asociado a la debilidad y al apaciguamiento de los "malos". Los progresistas deben recuperar el valor de la paz y hacerla respetable de nuevo. Esto incluye la búsqueda vigorosa y la mejora de los acuerdos de control de armas con los estados adversarios. El compromiso y la negociación no son símbolos de debilidad, sino de responsabilidad, moderación y realismo;

- Maximizar los puntos fuertes rechazando el pensamiento de "silos". El comercio, la cooperación al desarrollo y la ayuda humanitaria, aparte de su valor inherente, deben armonizarse con los objetivos generales de la política exterior en el mundo.

La lista no es ni mucho menos exhaustiva, y cada punto requiere una reflexión más profunda y una elaboración detallada. Sin embargo, es imperativo que los progresistas aprovechen este impulso de Estados Unidos hacia una mayor moderación para desarrollar una narrativa verdaderamente multilateral y realista en materia de política exterior, sin caer en los delirios de la geopolítica de las "grandes potencias" ni en el aislacionismo complaciente e introvertido. La Alianza Progresista, miembros y socios, se comprometen a participar en este proceso de reflexión hasta la reunión de la dirección estratégica de 2022.